

fueran corderillos, y porque mató al gigante Goliat en el nombre del Señor de los ejércitos (Eccli. XLVII). Pero mucho más le alaba por el temple de su corazón, por sus heroicas virtudes y por la penitencia con que supo humillar su cuerpo y su corazón criminal.

Véase la constancia ó fortaleza que manifestaron, en vista de los mayores peligros, Matatías y sus hijos (I MACHAB. II y sig.), Eleázaro (II MACHAB. VI), y los siete hermanos Macabeos (IBID, VII).

Véase también la fortaleza que los apóstoles tuvieron delante de los tribunales y en medio de los mayores peligros y tormentos. De ellos, dice el sagrado texto, que *ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati* (ACTOR. V).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non mediocris animi est fortitudo, que sola defendit ornamenta virtutum omnium, et justitiam custodit: que inexpiabili prælio adversus omnia vitia decertat, invicta ad labores, fortis ad pericula. S. Ambros. lib. 1 de offic.

Stultus ut luna mutatur. Sapiens enim non metu frangitur, non potestate mutatur, non attollitur prosperis, non tristibus mergitur. Ubi enim sapientia, ubi virtus est, ibi constantia et fortitudo. Idem, in Epist. ad Simplic.

Justi et fortis viri est, nec adversis frangi, nec prosperis sublevari; sed in utroque esse moderatus. S. Hieron. super Joel.

Sicut continens vita, labor,

Es propia de una alma grande la fortaleza, que sirve de escudo á todas las virtudes, y observa rectamente la ley; que por medio de un continuo combate resiste á todos los vicios, es invencible en los trabajos é imperturbable en los peligros.

El necio cambia como la luna. El hombre prudente no se acobarda por el temor, no se muda por el influjo del poder, no se exalta en la prosperidad, ni desalienta en la adversidad. Allí pues donde hay la sabiduría y la virtud, hay también constancia y fortaleza.

Es propio del varón justo y constante, el no desmayar en la tribulación, ni enorgullecerse en la prosperidad, sino poseer, en ambos casos, una perfecta igualdad de ánimo.

Así como tenemos por justo y

perseverantia, et agonum certamina faciunt unumquemque virum virtutis appellari; sic è contrario vita remissa, negligens et ignava, facit virum ignavum judicari. Orig. in lib. Num. com. 25.

Qui vera virtute fortis est, nec temere audet, nec inconsulte timet. S. August. in Epist. ad Hieron.

Fortitudo justorum est, carnem vincere, propriis voluntatibus contraire, delectationem vite presentis extinguere, hujus mundi aspera pro æternis præmiis amare, adversitatis metum in corde superare. S. Greg. lib. 8 Moral.

Non est vir fortis, cui non crescit animus in ipsa rerum difficultate. S. Bern. in Epist.

fuerte al hombre, que vive en la continencia, en la perseverancia y en el trabajo, por más que sea tentado; al contrario, miramos como inconstante y perezoso al que lleva una vida ociosa, descuidada y afeminada.

El que está dotado de una fortaleza verdadera, ni es temerariamente osado, ni ridículamente medroso.

La fortaleza de los justos consiste en domar la carne, en contrariar la propia voluntad, en matar la afición á esta vida caduca, en amar las penas de este mundo como prenda de la eterna gloria, en sobreponerse al miedo de las persecuciones.

No es varón fuerte el que no manifiesta más constancia á proporcion que se aumentan los obstáculos.

FRAGILIDAD.

Fortitudo vestra favilla stuppæ.

Vuestra fortaleza será igual á la pavesa de la estopa arrimada á la lumbre.

(ISAÍ. I, 31.)

Basta y sobra, hermanos míos, la propia experiencia, para persuadirnos de la suma debilidad del hombre, y de la gran dificultad que encuentra en conservarse en el estado de la gracia. El germen de la concupiscencia nos inclina de continuo al mal, y tiene á su disposición otros tantos auxiliares, que trabajan de consuno para perdernos, cuantas son nuestras propias pasiones. No hay un momento siquiera

en que éstas dejen de hacernos la más cruda guerra. A estos enemigos interiores, agréganse los exteriores, enemigos sagacísimos, que expian nuestro flanco débil, y están en continua vigilancia para ofrecernos ocasiones de pecar.

¿Cómo podremos resistir á tantos y tan formidables adversarios? ¿Cómo nos será dable vencer en tan comprometida lucha? Las armas de Dios, hermanos míos, han de darnos la victoria. *Induite vos armaturam Dei*, nos dice el Apóstol, *ut possitis stare adversus insidias diaboli* (EPHES. VI, 11). Revestíos, pues, de las armas de Dios para resistir á los ataques del diablo. Notad bien esta frase, hermanos míos; no nos dice S. Pablo que tomemos en nuestras manos las armas de Dios, sino que nos revistamos de ellas; es decir, que nos cubramos con ellas, de suerte, que no quede en nuestro cuerpo una sola parte sin cubrir y preservar; porque allí donde el enemigo vea una parte descubierta, allí dirigirá sus tiros. ¡Ay del que no se cubre con estas armas! ¡Ay del que confía en sus propias fuerzas! Esta confianza le arrastrará á una derrota; esta lóca presuncion pondrá sobre la cabeza de su rival la corona de la victoria.

¿Sabeis, hermanos míos, por qué se ven tantas terribles caidas, tantas víctimas del pecado, tantas victorias de Satanás? Porque muchos, olvidando que estamos amasados en la iniquidad, segun la frase de David, confían en sí mismos. Nuestra fortaleza, dice el Espíritu Santo, es como la estopa arrimada al fuego; por consiguiente, el que no desconfía de sí propio está perdido. Permitidme, pues, que os hable de nuestra natural fragilidad; conociéndola, aprenderéis á desconfiar de vuestras fuerzas, y os inspirará el deseo de cubriros con las armas, que pueden proporcionaros tantas victorias, cuantos sean los ataques que os dirija el infierno. Invoquemos ántes los divinos auxilios por la mediacion de la Virgen. A. M.

1. ¡Desgraciado el mortal que confía en sí propio! Su presuncion se verá abatida; y cual frágil caña que el viento troncha, se verá reducido á la más triste impotencia y ruina, tan luego como sople el huracan de la tentacion. ¡Miserable condicion la nuestra! Un ligerísimo soplo basta para derribarnos y perdernos. Una palabra, un pensamiento, un deseo, derrumba lo que parecia sólido fundamento de virtud y perfeccion. Para señalar esta fragilidad, puso Simon Macabeo en torno del sepulcro de sus padres siete magníficas y hermosas columnas, adornadas con los más gloriosos trofeos de guerra, y sobre ellas siete naves muy grandes, que pudieran verse desde el mar, que distaba doce leguas de la ciudad de Modin, en donde edificó tan sun-

tuoso sepulcro (I MACH. XIII, 27 et seq.) Juntó la firmeza y la solidez de la columna á la inestabilidad de la nave, para dar esta importante enseñanza á los que la observasen desde el mar. Temed, navegantes, en un mar proceloso é inconstante, no confiéis en vuestra fortaleza. Aquí descansan los más generosos defensores de Israel, firmísimas columnas de rectitud y perfeccion; sin embargo, fluctuaron y se vieron en mil peligros, cuando surcaron las engañosas aguas que hoy surcais vosotros. No lo dudeis, el hombre más fuerte es en el mundo una inconstante y frágil navicilla.

Con efecto; ¿qué columnas pueden darse más fuertes, más enriquecidas por la mano del Criador, más favorecidas con su virtud que los ángeles, espejos tersos y brillantes de perfeccion y de hermosura? Sin embargo, un débil soplo de soberbia los derribó hasta un extremo de abatimiento y de oprobio. Como firmes y duraderas columnas fueron criados nuestros primeros padres, y colocados por el Señor en un paraíso de delicias; y, con todo, la débil persuasion del espíritu del error los humilló, los perdió, y con ellos á toda su descendencia. David creia ser una incontrastable peña capaz de resistir los vientos y las tempestades: lleno de confianza y de seguridad en la abundancia de sus tesoros de virtud, dice con ánimo resuelto: *Non movebor in eternum* (PSALM. XXIX, 7), no experimentaré nunca mudanza alguna; y, con todo, ofrece á la posteridad un vergonzoso testimonio de su fragilidad, dando al traste con toda su virtud y firmeza al leve impulso de una mirada imprudente.

Y ¿qué diremos de S. Pedro, firme columna de la verdad? Háblele dicho Jesús, y con él á los demás discípulos: «Todos vosotros padeceréis escándalo por ocasion de mí esta noche, y me abandonareis; porque escrito está: heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño (MATTH. XXVI, 31).» A esta prediccion contestó resuelto el apóstol: «Aún cuando todos se escandalizaren por tu causa, yo nunca me escandalizaré (MATTH. XXVI, 33).» ¡Qué dices, hombre miserable! ¿Cómo te atreves á confiar en tí mismo, contra la expresa afirmacion de tu divino Maestro? ¿Ignoras que eres polvo y ceniza, y que, sin el auxilio de su gracia, nada tienes de tuyo sino un fondo de miseria, que puede precipitarte en los más enormes delitos? ¿Acaso te juzgas más fuerte que los demás, porque has sido ascendido al primado del apostolado? ¿No caen tambien los robustos cedros del Libano? Pues yo te aseguro, respondió Jesús, que esta misma noche me has de negar tres veces (MATTH. XXVI, 34). En vano, el Señor recuerda al hombre presuntuoso, que corre gran riesgo su virtud cuando se fia en el débil apoyo de su propia fortaleza. Nada se opone tanto al temor santo

de Dios como ese desórden, que conduce al mortal á creerse capaz de todo. La arrogancia, que le deslumbra, le hace mirar las más justas precauciones como excesos de debilidad, propios únicamente de almas pequeñas y extremadamente meticulosas. Así, por más que Jesucristo dijese á S. Pedro: «Simon, Simon, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo (Luc. xxii, 31).» S. Pedro replicó: «Dígame, Señor, que estoy pronto á ir contigo á la cárcel y aún á la muerte (Luc. xxii, 33).» Pues bien, ese hombre, que se creía capaz de las más árduas y difíciles empresas; ese hombre, que con tanta serenidad aseguraba, que jamás su corazón se intimidaría; ese hombre, que en el huerto de Getsemaní hizo frente con su espada á todo un pueblo amotinado y feroz, para impedir que se apoderase de Jesucristo; ese hombre, repito, sucumbe luego á la débil voz de una criada. ¡Monumento terrible de la humana debilidad!

¡Oh! ¡pudiese yo en este momento abrir las puertas de aquella region desolada, donde sufren incomprensibles tormentos los que tuvieron la desgracia de morir en pecado mortal! ¡Pudiese yo presentar á vuestra vista las almas, que en el infierno experimentan todo el rigor de la divina justicia! ¡Quién, les preguntaría para enseñanza vuestra, quién os ha arrojado á este abismo de tormentos? *Iniquitates nostræ*, responderian todos, *iniquitates nostræ, quasi ventus abstulerunt nos* (ISAI. LXIV, 6). Cuando más confiábamos en nuestra fortaleza, fuimos todos derribados por el ligero viento de nuestras pasiones. Pero ¿qué necesidad tenemos de esta leccion? Examinemos un poco nuestra conducta y confesaremos nuestra fragilidad. ¿Cuántas veces hemos prometido al Señor, que jamás volveríamos á ofenderle, y que ántes perderíamos mil vidas, que faltar á sus preceptos? ¿Qué propósitos no hemos hecho de ser virtuosos, siempre que nos hemos acercado al santo tribunal de la reconciliacion? ¿Con qué valor hemos protestado mil veces, no separarnos en tiempo alguno de los principios religiosos? Mas ¡ay! no contamos con nuestra natural fragilidad; no recurrimos al cielo, de donde únicamente podia venirnos el auxilio para no caer; y cuando nos pareció que estábamos firmes y que nada podria movernos, nos encontramos envueltos en una estrechísima ruina, en el abismo del crimen.

2. Temamos, pues, por nuestra fragilidad. El apóstol S. Pablo, despues de rudos y continuados ayunos y de oraciones fervorosas, despues que pudo decir, que toda su conversacion era del cielo, despues de molestas peregrinaciones por la causa de Jesucristo, despues de singularísimos favores del cielo, cuyas delicias gustó en la tierra, unido ya con Jesucristo, y tan separado del mundo, que decia: «el

mundo está muerto y crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo (GAL. VI, 14);» despues de todo esto, repito, temia de su fragilidad.

¿Quién no temerá de su fragilidad al ver que temia ese gran santo? ¿Quién no temerá al considerar nuestra propension al mal? Los israelitas, tan favorecidos por Dios en el desierto, son arrastrados como débil paja por el fuego de la infernal serpiente, que los devora, y consumiendo en sus corazones el celo del verdadero Dios, les induce á adorar una destructible obra de sus manos. Este fué el más horrendo estrago que hizo el pecado en el hombre. Abrasado una vez en el fuego de la concupiscencia y del error, aunque sus fatales llamas se hayan extinguido por la gracia del Redentor, quedó su naturaleza como yesca, que al más suave contacto con el fuego se enciende, abrasa y consume. Una chispa de las riquezas de Naaman, se introduce en el corazón de Giezi, y al punto enciende en él una fatal codicia. De la esencia olorosa que la Magdalena derrama á los piés de su divino Maestro, salta una centella al corazón de Júdas, y levanta las terribles llamas de codicia, de traicion y de abandono. Mas ¿para qué necesitamos testimonios en comprobacion de una verdad de que nos convence la propia experiencia? Consultemos nuestro mismo corazón. ¿Qué violenta agitacion no ha producido en nosotros, más de una vez, una palabra, un movimiento? Pues, ¿quién no temerá?

Desconfiemos, pues, de nosotros mismos, y apoyémonos únicamente en la gracia del Señor. Léjos de nosotros la temeridad y la presuncion, que tantos males acarrear, que á tan funestas caidas han traído á las más fuertes columnas del cristianismo, y condujeron á su ruina á la piedra fundamental del grandioso edificio de la Iglesia. Tengamos siempre presente lo que el mismo apóstol S. Pedro, arrepentido ya, decia á sus discípulos, y con ellos á nosotros: «Los que despues de haberse apartado de los vicios por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, vuelven á entregarse á ellos, su postrera condicion viene á ser peor que la primera. Mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que, despues de conocido, volver atrás y abandonar la ley santa del Señor (II PETR. II, 20 ET 21).» Solo Dios puede sostener nuestra debilidad en medio de los continuos peligros que nos cercan; pongamos, pues, en él, nuestra confianza; pidámosle con fervor su gracia, y de este modo haremos frente á la seduccion, y nos libertaremos del funesto ascendiente de las pasiones, que tantas veces nos han conducido al pecado.

¡Redentor amabilísimo! no permitais que nosotros desmintamos jamás el carácter de discípulos vuestros con nuestras palabras y obras.

Mil veces hemos infringido vuestros santos preceptos, porque, olvidando nuestra miseria, nos precipitamos en las ocasiones peligrosas, y arrostramos temerariamente unos riesgos, en que era difícil sostenerse aún la más sólida virtud. Haced, pues, que en adelante desconfiemos de nosotros mismos, huyamos de los peligros de ofenderos, vivamos siempre en vuestro santo temor, y con este temor triunfemos de nuestros enemigos, alcancemos los efectos de vuestra misericordia, y la gloria eterna, que á todos deseo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FRAGILIDAD.—Cualesquiera que sean los triunfos que hubiéremos obtenido, nunca debemos olvidarnos de nuestra fragilidad.

Cualquiera que sea la experiencia que tuviéremos de nuestra fragilidad, nunca hemos de desconfiar.

FRAGILIDAD.—Siendo una enfermedad difundida en todo nuestro sér, nos obliga á velar minuciosamente sobre todas nuestras facultades, potencias y sentidos.

Siendo la fragilidad nuestra compañera inseparable en este mundo, debe hacernos desear el paraíso.

Siendo la fragilidad comun á los buenos y á los malos, debe considerársela como un obstáculo para nuestra salvacion.

FRAGILIDAD.—La de los justos alienta á los malos para pedir su cooperacion con objeto de obrar el mal.

La fragilidad de los malos obliga á los justos á retraerse de su compañía.

FRATERNIDAD.

Charitas fraternitatis maneat in vobis.
Conservad siempre la caridad para con vuestros hermanos.

(HERB. XIII, 1.)

Si hay una idea que conmueva la opinion, que inspire bellas páginas y fomente las grandes obras, es seguramente la idea de la fraternidad. Mientras el mundo mira con desden ciertas virtudes evangélicas, la fraternidad cuenta con amigos entusiastas y generosos, que exageran hasta sus derechos, que están equivocados sobre los medios de establecerla, pero que la proclaman como el fin último de toda la historia y de toda la actividad humana. Sin embargo, vemos por dó quiera familias, que se retraen cuanto pueden unas de otras por el rango y la influencia; hombres de corazon duro, que tratan á la tierra, no como patrimonio de todos, sino como patrimonio privilegiado de los más fuertes, de los más astutos, de los más felices; vemos por todas partes la elevacion del menor número y la miseria de la mayor parte de los hombres. ¿Cómo se explica esto? La palabra fraternidad está constantemente en los lábios, y, sin embargo, la verdadera fraternidad no reina en el mundo. ¿Por qué esta contradiccion entre las palabras y los hechos? La doctrina católica es la única que ha producido y produce la caridad de fraternidad; y como los que más hablan de fraternidad son, de ordinario, los que más atacan la doctrina católica, por eso los hechos están en contradiccion con las palabras. No nos forjemos ilusiones; el verdadero amor, la caridad de fraternidad solo se encuentra en las almas que están animadas de la virtud de Jesucristo, en pechos verdaderamente católicos; por consiguiente, no habrá en el mundo verdadera fraternidad, mientras deje de practicarse la doctrina católica. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploramos ántes los auxilios necesarios. A. M.

1. Parece que la fraternidad deberia manifestarse en nosotros é inoculárenos por un medio tan sencillo y tan natural como nuestra vida. Y á la verdad, ¿qué somos nosotros? ¿No somos individuos de una misma familia é hijos de un mismo padre? En vano intentariamos borrar las páginas de nuestra genealogia; todos, sin excepcion,